





DOS AMIGOS





ROBERT WEINTRAUB

DOS AMIGOS

UNA EXTRAORDINARIA HISTORIA DE CORAJE
Y SUPERVIVENCIA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Traducción de
Nadia Volonté

Weintraub, Robert

Dos amigos : una extraordinaria historia de coraje y supervivencia en la Segunda Guerra Mundial. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.

400 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Nadia Volonté

ISBN 978-950-02-0867-3

1. Literatura Testimonial. I. Volonté, Nora, trad. II. Título

CDD 813

Dos amigos. Una extraordinaria historia de coraje y supervivencia en la Segunda Guerra Mundial

Título original: *No Better Friend: One Man, One Dog, and Their Incredible Story of Courage and Survival in WWII*

Copyright © 2015 by Robert Weintraub

Traductora: Nadia Volonté

Diseño de tapa: Eduardo Ruíz

Mapas de interior: David Lambert

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: octubre de 2015

ISBN 978-950-02-0867-3

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en octubre de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

Nota para el lector	13
Prólogo.....	15
1. Mascota.....	19
2. Perro al agua	33
3. Permiso para bajar a tierra	41
4. Guerra.....	51
5. <i>Amour</i>	59
6. Perros de guerra	69
7. Frank.....	81
8. Fuerza Z.....	91
9. Escape	105
10. Día de destrucción: 14 de febrero de 1942	121
11. Posic.....	141
12. Pompong.....	151
13. Sumatra	163
14. Padang	191
15. Prisioneros	205
16. Gloegoer	217
17. Prisionero de guerra N° 81-A	237
18. Subterfugio.....	251
19. Nave infernal	261

20. Reencuentro.....	279
21. Pakan Baroe.....	289
22. Cara de cerdo y King Kong.....	309
23. Ferrocarril de la muerte.....	323
24. Libertad.....	337
25. Heroína.....	359
26. África.....	377
Epílogo.....	393
Agradecimientos.....	397



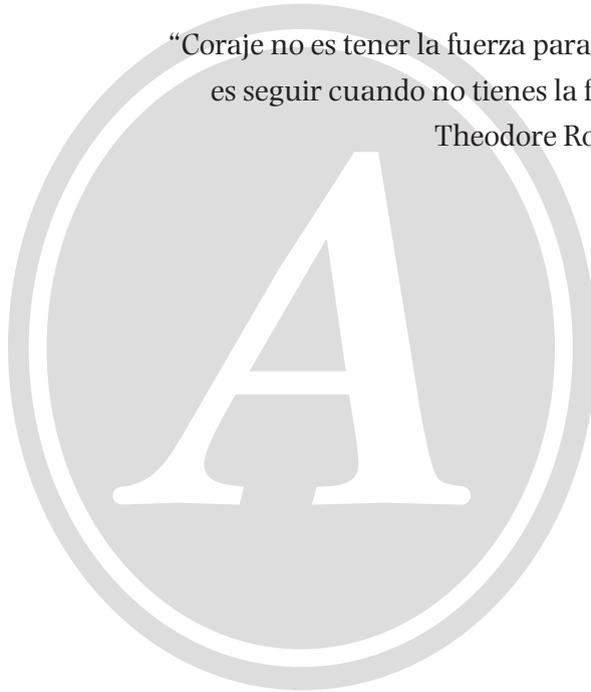
Para mi familia y, en especial, para mi madre,
la primera Judy (y aún la principal) en mi vida.





“Coraje no es tener la fuerza para seguir:
es seguir cuando no tienes la fuerza”.

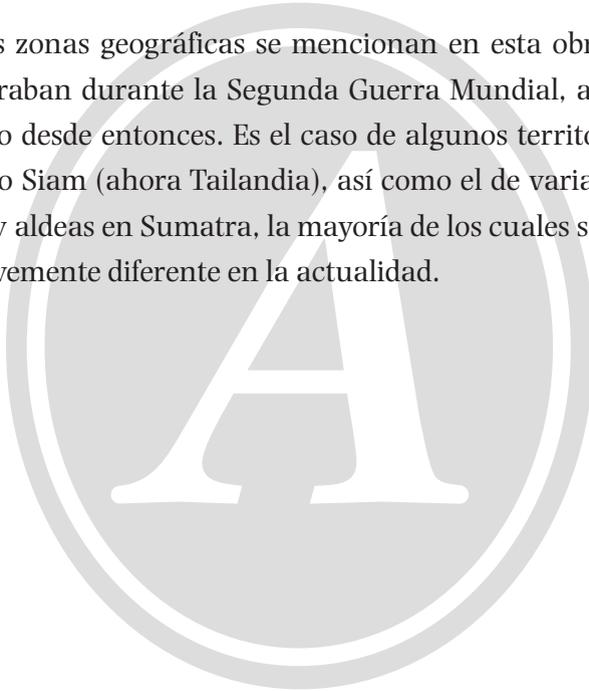
Theodore Roosevelt





Nota para el lector

Múltiples zonas geográficas se mencionan en esta obra tal como se nombraban durante la Segunda Guerra Mundial, aunque han cambiado desde entonces. Es el caso de algunos territorios extensos, como Siam (ahora Tailandia), así como el de varias ciudades, pueblos y aldeas en Sumatra, la mayoría de los cuales se escribe en forma levemente diferente en la actualidad.





Prólogo

Los dos amigos se acurrucaron juntos; uno, la salvación del otro, en un mundo que se había convertido en el infierno.

Era el 26 de junio de 1944. Detenidos por los japoneses en la remota y bastante olvidada isla de Sumatra desde principios de 1942, los amigos viajaban apiñados en la bodega de un barco, el buque de vapor *Van Waerwijck*, que los japoneses utilizaban para transportar a los prisioneros de guerra. La bodega estaba ubicada a varios metros bajo la superficie del mar de China, y los hombres, apretujados en el suelo, se desesperaban por respirar en medio de aquel aire fétido de 40 °C. Los amigos consiguieron sitio en una plataforma cercana a una claraboya, que brindaba cierto alivio, pero el desplazamiento lento a lo largo de la costa de Sumatra acentuaba la sofocación.

Ambos estaban lastimeramente delgados por los dos años de prisión. Se habían visto reducidos a comer ratas y serpientes para mantenerse con vida. Enfermedades como la malaria y el beriberi eran una amenaza constante, entre otros peligros. Los obligaban a realizar trabajos brutalmente pesados, a menudo sin sentido, en medio de humillaciones que pueden desmoralizar hasta a las almas más fuertes.

En todo el teatro del Pacífico, los cautivos aliados también estaban experimentando castigos similares. Pero había algo que diferenciaba a este par de prisioneros:

Uno de ellos era una perra.

Su nombre era Judy, y mucho antes de encontrarse a bordo de esa “nave infernal”, ya había vivido todo tipo de aventuras y peligros. Judy era una pointer inglés pura, un bello espécimen de esa raza deportiva y noble, con manchas color café sobre blanco. Pero, a diferencia de la mayoría de los pointers, ella mostró desde sus primeros días que prefería estar en el centro de la acción más que *apuntarlo* para el beneficio de otros.

Nació en una perrera en la sección británica de Shanghái en 1936, y durante cinco años fue la mascota de la tripulación de una lancha cañonera de la Marina Real que patrullaba el río Yangtzé. En 1939, el barco de Judy fue transferido a Singapur cuando el almirantazgo británico se preparaba para la guerra en el Pacífico. Poco después, en el verano de 1941, Frank Williams llegó a la ciudad de Lion, con veintidós años recién cumplidos y en servicio como suboficial de la Real Fuerza Aérea británica. Muchas catástrofes después, el hombre y la perra finalmente se conocieron en un campo de prisioneros de guerra y se volvieron inseparables. Frank, incluso, arriesgó su vida para conseguir que Judy obtuviera la condición oficial de prisionero de guerra.

Pasó el mediodía, pero el calor y la humedad en la bodega no daban tregua. Ríos de transpiración goteaban de las masas de cuerpos hacinados: más de mil en total. El piso se empapaba mientras el buque se abría paso entre las olas. Si no hubiese sido por el hilo de aire que atravesaba la claraboya, Judy habría sucumbido al calor debido a su pelaje, incluso antes que los hombres.

Entonces, un súbito resplandor, seguido por una explosión casi en el centro exacto de la nave. El fuego estalló en toda la bodega, y la aletargada masa de prisioneros volvió a la vida con un brinco,

como electrocutada. Apenas tomaron conciencia de lo que había sucedido, cuando una segunda explosión, incluso más fuerte, desgarró la bodega.

Dos torpedos habían impactado sobre el buque. Provenían –y eso era lo trágico– de un submarino británico que desconocía que el barco llevaba una carga de prisioneros aliados. Docenas de hombres murieron bajo el fuego amigo, y otros cientos más morirían si no lograban escapar de los despojos ardientes de la bodega.

Frank tenía una vista despejada del caos, y un escalofrío le caló hasta los huesos. La caída del cargamento había matado y herido a muchos en la cubierta; además, los bultos habían creado una serie de obstáculos que reducían las chances de escape. Para un hombre con una pointer de más de veinte kilos en brazos, era una misión imposible.

La leal perra no había escapado en medio del tumulto, sino que se mantenía calma bajo extraordinaria presión. Frank la alzó, le dio un último y rápido abrazo, y la empujó a través de la claraboya. Se volteó para mirarlo con una expresión de confusión y tristeza –quizá por su historial de escapes de riesgo–, como queriendo decir “Aquí vamos otra vez”.

“¡A nadar!”, la instó Frank y le dio un último empujón que la lanzó volando. Abajo, el océano revuelto fagocitaba combustible y los escombros del buque moribundo. Los gritos de los heridos cargaban el aire. En un segundo, quizá dos, la perra estaría nadando para salvar la vida en medio del naufragio.

Su mejor amigo seguía atrapado en el hundimiento del *Van Waerwijck*.

Judy se tambaleaba en el aire, al tiempo que el agua se alzaba a su encuentro.



Mascota

En septiembre de 1936, dos marineros británicos salieron en busca de un perro. Pertenecían a la tripulación del buque *HMS Gnat*, uno de la flotilla de lanchas cañoneras que ondeaba la bandera británica en el río Yangtzé, para proteger el transporte, ahuyentar piratas y servir a los intereses de la Corona. La lancha estaba en Shanghái para su reacondicionamiento y reparación anual, por lo tanto, los dos oficiales tenían tiempo suficiente para una última importante tarea en tierra antes de reanudar su patrulla.

Estos barcos eran verdaderas rarezas. En lugar de chimeneas de escape ubicadas a lo largo, en los buques de río se ubicaban una junto a otra, lo que les daba un aspecto alejado de la aquilina elegancia de la mayoría de las naves. La típica lancha cañonera tenía 76 metros de largo, 11 metros de alto en la manga y desplazaba unas 650 toneladas. El término “lancha cañonera” era bastante literal: cascos con una plancha de hierro soldada arriba, de la que solo sobresalían el puente de mando, los mástiles y los cañones. Un buque de clase Insecto como el *Gnat* estaba armado con cañones de artillería pesada de quince milímetros, una batería antiaérea de cinco kilos y seis ametralladoras Maxim calibre .303 (7,70 mm). Su picadura era poderosa, lo bastante diversa como para bombardear blancos en la costa, protegerse de ataques aéreos o combatir transportes o abordajes, según la amenaza.

El río por donde navegaban es uno de los cuerpos de agua más grandes del mundo. El nombre Yangtzé no tiene significado en la lengua local. Probablemente, derive de Yang-tzu, el antiguo nombre de la importante ciudad ribereña de Chinkiang. Quizás los extranjeros en la ciudad oyeron el nombre y dieron por sentado que se refería al gran riachuelo a orillas de la ciudad. *Yang* significa “océano” en muchos dialectos comunes de China, de modo que, tal vez, el titánico río recibiera este título para dar cuenta de su inmensidad. Sin embargo, lo más probable es que se deba a un error de los occidentales, conocidos localmente como *gwailos*. La mayoría de los chinos lo llaman *jiang*, simplemente “el río”.

El Yangtzé llega helado y cristalino desde el altiplano montañoso del Tíbet, se mezcla con el río Min para volverse navegable a unos mil seiscientos kilómetros tierra adentro, y adopta un desagradable tono amarillo habano, producto de sedimentos, contaminación y excrementos. Fluye a través de una serie de gargantas profundas (en el área del infame dique Tres Gargantas, completado en 2012) que estorba a todos los barcos, salvo los más pequeños, antes de convertirse en un clamor ancho y torrentoso hacia Shanghái y la costa oriental. En total, el Yangtzé recorre cerca de seis mil cuatrocientos kilómetros, aunque la medición engaña, dado que las obstrucciones de sedimentos en la boca del río le hacen ganar entre nueve y doce metros al año al mar de China. Como fuere, se trata del río más largo de Asia y el tercero más largo del mundo, solo precedido por el Amazonas y el Nilo. El delta del Yangtzé ha sido tradicionalmente el corazón y el pulso económico de la nación.

Las lanchas cañoneras patrullaban una extensión de casi mil kilómetros entre Shanghái, en la costa oriental, y Wuhan, en la

occidental. Ocasionalmente, navegaban más allá, pero a medida que crecía la amenaza japonesa durante la década de 1930, la flota del Yangtzé se mantuvo más cerca de Shanghái. Como escribió Angus Konstam, un historiador de la flota: “Para los antiguos chinos, el río era el hogar de un gigante dragón submarino, cuyos cambios de humor explicaban todos los desastres vinculados con el río, desde inundaciones hasta naufragios, saqueos o piratería. El trabajo de las lanchas cañoneras del Yangtzé era vigilar a ese dragón, y proteger a los occidentales de su ira”.

Luego de muchas conversaciones, el teniente comandante J. M. G. Waldegrave, capitán del *Gnat*, y el suboficial de marina Charles Jeffery, el contra maestre, se dirigieron a la perrera de Shanghái ubicada en el asentamiento británico, a fin de buscar un espécimen adecuado para representar su barco. Varias otras lanchas tenían animales a bordo como mascotas: dos gatos en la *Bee*, un loro en la *Ladybird*, incluso un mono en la *Cicala*. Recientemente, el *Gnat* había encontrado en el río otra cañonera, la *Cricket*, y su mascota, una mezcla de bóxer-térrier grande llamado Bonzo, había dado tal espectáculo de ladridos que los hombres del *Gnat* ansiaron una mascota propia que respondiera en especie.

Se entusiasmaron con Judy de inmediato, en especial cuando saltó a los brazos de Jeffery luego de que la saludara con un silbido. Judy no era cachorra, pero tampoco adulta. Poco tiempo después, pasaría a formar parte de la Marina Real, ya que había sido legalmente adoptada por el servicio y no por uno de sus miembros. Su nuevo hogar no correspondería a una de las casonas o amplios apartamentos que salpicaban el distrito británico. No tendría un jardín para corretear, árboles donde perfeccionar su instinto natural de caza o niños para jugar. En cambio, se convertiría en la

mascota y mejor amiga de un grupo de marineros rudos, a bordo de un buque de guerra hecho de acero.

Durante los primeros meses de vida, ni siquiera tuvo nombre.

Era una bola de pelaje tibio y hocico frío, una entre siete cachorritos escurridizos y quejosos nacidos de una majestuosa pointer inglés de raza. La perrera de Shanghái, hogar de mascotas y cachorros abandonados, abastecía a los ciudadanos británicos de esa agitada ciudad. Era febrero de 1936. Shanghái temblaba bajo un viento glacial que azotaba las calles entre los edificios occidentales modernizados y los destartalados barrios bajos de la ciudad.

Habitaban cinco mil residentes británicos, y parecía que cada uno tuviera su propio perro. Se preferían los perros capaces de reproducirse en cantidad, lo cual explicaba el elevado número de pointers en la ciudad. La señorita Jones, dueña de la perrera, estuvo presente cuando una de sus hermosas pointers dio a luz. Los cachorros quedaban en la perrera hasta que pudieran ubicarse en sus nuevos hogares.

Uno de los cachorros, de pelaje blanco brillante con pintas y manchas color café, escarbaba sin cesar en torno al perímetro de la zona alambrada donde jugaban los cachorros recién nacidos. Mientras los otros se quedaban cerca de la madre, revolcándose alegremente en el barro, este inquieto manojito de energía ya buscaba escapar.

Y escapó..., a las tres semanas de vida.

Lee Sung, una mujer que vivía y trabajaba en la perrera, tenía una hija, Ming, que a menudo la ayudaba con los perros después del colegio, y que fue la primera en advertir que faltaba el cachorro. Con cuidado, la madre apartó del área al resto de los perros en un intento por encontrar al fugitivo. En cambio, descubrió un hoyo

bajo el alambrado: la perrita había saltado sobre un muro bajo y ahora estaba a sus anchas en las calles de Shanghái, una de las ciudades más grandes, tumultuosas y ruidosas del mundo.

Las bocinas de los autos, el ajetreo de los caballos, los gritos de los transeúntes, la imagen difusa de las bicicletas, los andamios de bambú elevándose vertiginosamente en el aire, la marea de gente y, en especial, los olores: todas estas escenas y sonidos habrían sobrecargado los sentidos de cualquier visitante en la ciudad.

Sin embargo, el cachorro perdió el interés en ese torbellino de sensaciones para enfocarse en la importantísima tarea de procurarse comida. Shanghái se caracteriza por su tradición culinaria, una de las mejores entre las ciudades del mundo, pero la hambruna había asolado al país en 1936. En esa década de 1930, la ciudad era un lugar con mucha vegetación, pero el cachorro se dirigió instintivamente a lugares donde había personas... y donde no había animales más grandes.

En general, los perros recién nacidos vagabundean por naturaleza y, desde el principio, anhelan explorar su entorno, aunque su tendencia innata es regresar junto a la madre. A una edad tan tierna, debería haber estado desesperada por su madre, su tibieza y sobre todo, su leche. No se sabe por qué esta curiosa cachorra se esforzó tanto por escapar y abandonar el seno y refugio familiar. Tuvo suerte de no morir en el intento. Logró sobrevivir con restos de basura y por la dádiva ocasional de algún transeúnte. Su pelaje se opacó y las costillas comenzaron a discernirse en el cuerpo.

En un golpe de buena suerte, la joven pointer recibió una cuerda salvavidas. Tropezó con la puerta trasera de un almacén de ramos generales de un hombre conocido como el señor Soo. Abundaban los negocios de ese tipo en el lado occidental, donde los británicos,

los estadounidenses y los alemanes mantenían sus “cuadrantes”. Vendían una gran diversidad de artículos, incluidos remedios herbarios, pajareras, sopas de varios sabores, artefactos religiosos, objetos para el hogar y amuletos para la buena suerte. Soo vendía cualquier cosa que le diera ganancia. No hacía mucho dinero, pero lo prefería a cargar leña o arrastrar a personas blancas por la ciudad a bordo de un bicitaxi.

Una tarde glacial de primavera, Soo fue a la parte trasera de su negocio a desechar basura en el callejón. Un llanto agudo llamó su atención y notó movimiento entre los desperdicios de cartón: un perro de unas pocas semanas de vida gimoteaba con ojos implorantes. Sin duda, estaba muy hambriento y helado. Así que Soo regresó al interior de su local y le trajo algunos restos de comida, que el animal engulló de inmediato.

Durante las siguientes semanas, quizá por un período de tres meses (no se conocen los detalles precisos), Soo cuidó al cachorro que podía esconderse de los predadores nocturnos, que andaban desesperados por algo que comer: entre ellos, muchos ciudadanos de Shanghai.

Sin embargo, cuando sobrevino la primera de las muchas calamidades que padecería, no se debió a un intento de depredación, sino a una crueldad, lisa y llana.

Luego de la invasión a Manchuria y de haber sometido a Corea, Japón ahora posaba la mirada en China continental. En 1932, la Marina Imperial había bombardeado Shanghai, la ciudad clave del país desde una perspectiva militar, debido a su dominio estratégico sobre el río Yangtzé. Los dos países negociaron una paz tentativa poco tiempo después, pero solían verse los buques de guerra japoneses en las vías navegables chinas, lo mismo que sus marineros,

en los bares de Shanghái, bebiendo cerveza Tsingtao o el vino de arroz local. Las naciones occidentales también patrullaban el río; la Marina Real y la de los Estados Unidos visitaban con regularidad estos establecimientos. La incómoda paz entre las potencias a menudo estallaba en peleas de borrachos de Oriente contra Occidente. Los puños de los corpulentos occidentales se abalanzaban sobre los ágiles japoneses, que contraatacaban con movimientos de karate comúnmente conocidos en el servicio militar.

Así, en un día lluvioso de mayo, un grupo de marineros japoneses de una lancha cañonera que había fondeado en el Yangtzé participó en una recorrida de bares a lo largo del Bund, el carnaval ribereño de Shanghái. Deambularon hasta llegar al vecino negocio del señor Soo, quizá para encontrar algo de comida, quizá para comprar un profiláctico para el resto de la noche, quizá para conseguir sedantes previendo la resaca del día siguiente.

Los marineros, vestidos de riguroso uniforme, iniciaron una discusión con Soo. El tono de las voces aumentó, los temperamentos se inflamaron y los japoneses comenzaron a pegarle a Soo, que no estaba en condiciones de luchar contra un grupo de hombres jóvenes entrenados para el combate. Cuando comprobaron que agonizaba, los marineros perdieron interés en él y se dedicaron a destruir el negocio. Ya se encontraban en la última fase de destrucción cuando el cachorro, asustado por el ruido, pero curioso al oír los gritos de su benefactor, ingresó, errante, a través de la puerta trasera.

Si se tratara de una historia de Hollywood, el perro hubiese mostrado los dientes, gruñido con ferocidad y espantado a los hombres malos. Luego, hubiese atraído ayuda médica para el anciano. Pero en la realidad, la pequeña y frágil bestia apenas podía reunir la agilidad

para esquivar la patada de un marinero y la que le lanzó el segundo. Un tercer japonés logró asirla del pescuezo, para llevarla, luego, hasta la puerta del frente y arrojarla a la calle.

La perra lloraba, asustada y dolorida, pero el marinero hizo caso omiso de sus aullidos. La sostuvo con los brazos extendidos y, luego, le propinó un puntapié que la arrojó al otro lado de la calle, sobre una montaña de escombros. El grupo de *funanori* (marineros japoneses) luego reanudó su parranda de alcohol y desapareció.

No podían saber que el perro que habían tratado con tanta brutalidad no solo sobreviviría, sino que se convertiría en una pequeña espina en el flanco de la maquinaria de guerra japonesa. Así las cosas, el tiro libre dejó a la pequeña y triste pointer cerca de un portal abandonado, adonde se arrastró y se desplomó, demasiado herida y asustada para ir más lejos.

Pero su ubicación fue afortunada, pues, luego de un tiempo, sus suaves gimoteos llegaron a oídos de una niña que pasaba por ese portal. Lee Ming reconoció a la caprichosa pointer de inmediato, a pesar de que las semanas de vida callejera habían dejado a la perrita en muy mal estado.

—Ay, pequeña, ¿dónde habías estado? —preguntó a la perra, que claramente recordaba también a la niña, aunque apenas podía reunir bastante energía para moverle la cola.

Ming la recogió con cuidado, la colocó en los dobleces de su abrigo y la llevó de regreso a la perrera, ubicada a solo unas cuerdas de distancia.

La señorita Jones estaba allí, asistiendo a varios animales en el patio.

—¡Mira a quién encontré! —le enseñó a la prodigiosa cachorra con orgullo.

—¡Dios mío! ¿Ese es nuestro pointer perdido? —exclamó la señorita Jones, luego de examinarla—. Deberíamos darle un baño y una buena cena, ¿no crees?

La perrita se recostó plácidamente mientras las mujeres la acariciaban y, por su bien, la regañaban por ser tan curiosa y aventurera.

—Todo está bien, linda, linda, *Shudi* —murmuró Ming.

—¿Por qué la llamaste *Shudi*? —preguntó la señorita Jones.

La pequeña levantó a la cachorra y la envolvió en una manta, que enseguida cerró los ojos y se quedó dormida.

—Siempre la he llamado así. *Shudi* significa “tranquila”. Mírala —la cachorra cansada advirtió que hablaban de ella, abrió un solo ojo para cerciorarse de que todo estuviera bien, y siguió durmiendo—. ¿No se ve tranquila?

—Seguro que sí —coincidió la señorita Jones—. Y ese será su nombre: Judy.

Por primera vez, desde que se había escabullido fuera de su jaula hacía meses, por fin estaba segura otra vez, y hasta tenía un nombre nuevo. Sorprende que acogiera a los humanos tan pronto; como ha dicho la reconocida adiestradora de perros Jennifer Arnold: “El único indicio de falta de inteligencia que he visto en los perros es su disposición a perdonarnos todo”. Su madre y sus hermanos ya no estaban allí; de todos modos, ya no necesitaba rebuscárselas para obtener su propio alimento.

Para cuando Judy llegó a bordo del *Gnat* en 1936, China había sido reunificada bajo la bandera del general Chiang Kai-shek y su Kuomintang, el Partido Nacionalista Chino; solo el heterogéneo ejército comunista liderado por Mao Zedong quedaba para combatir a Chiang. Pero el mayor peligro provenía de los japoneses. La Tierra del Sol Naciente había incrementado su presencia naval en

el Yangtzé al tiempo que enviaba miles de tropas y gran parte de su poderío aéreo a Manchuria, recién conquistada. Por cierto, los japoneses deseaban el combate. Cuando no luchaban en bares, las relaciones entre los marineros orientales y occidentales se mantenían cordiales, pero las tensiones iban en aumento. Y los chinos quedaban atrapados en el medio: por lo general, resentían la presencia de los occidentales, pero temían a los japoneses.

A pesar de la creciente sensación de una guerra próxima, la Marina Real y la de los Estados Unidos aún no habían destinado fuerzas armadas de alto perfil en China; no se impartía una disciplina muy rigurosa en las lanchas cañoneras, y los lazos con los locales o la tripulación de otros buques eran más “humanitarios” que en otros cuadrantes del globo.

Trece lanchas cañoneras prestaban servicio en la flotilla del Yangtzé bajo las órdenes del contraalmirante Lewis G. E. Crabbe. El buque *Gnat* integraba la clase Insecto, pequeño y maniobrable para navegar las profundidades variables del río, pero potente también, armado con varios cañones grandes, incluidos los antiaéreos. Originariamente diseñadas para intimidar a la Marina austrohúngara en el Danubio, las lanchas cañoneras resultaron muy apropiadas para la acción en las corrientes poderosas del Yangtzé.

Habían navegado los canales chinos desde fines de la década de 1850. El Tratado de Tientsin, que concluyó con la Segunda Guerra del Opio en 1858, levantó las trabas impuestas a comerciantes occidentales en China (el principal objeto de la guerra, a pesar del título narcótico). Los comerciantes extranjeros, que operaban en las regiones internas de China, necesitaban protección, de modo que el tratado contenía una cláusula que permitía a los buques de guerra occidentales hacer su trabajo en el Yangtzé, que se adentraba miles

de kilómetros en el corazón del Reino Medio. Los británicos fueron los pioneros, seguidos casi de inmediato por botes estadounidenses y franceses.

El cambio de siglo recibió un aluvión de flotas occidentales en China. Los británicos enviaron dos barcos nuevos, el *Woodlark* y el *Woodcook*, diseñados para luchar en ríos. Junto a los buques estadounidenses y franceses, otras naves resguardaban los intereses alemanes, italianos y japoneses. Se sumaban al inmenso tráfico comercial que transformaba al Yangtzé en un desfile pintoresco de velas y mástiles, solo opacados por las chimeneas de los buques más modernos. Con esa diversidad de elegantes barcos de juncos, sampanes desvencijados, botes a pedal chirriantes impulsados por vapor, cascos de hierro intimidatorios de lanchas cañoneras, el espectáculo invitaba a pasar una agradable tarde en las márgenes del río observando pasar la regata.

Hacia la década de 1920, las luchas internas desgarraban China. Cada uno de los caudillos se aferraba a su feudo con tenacidad. Los barcos de vapor mercantes que pasaban por sus territorios debían pagar tributos y, a menudo, sufrían ataques piratas y saqueos sin importar si cumplían o no con los pagos. Los buques de guerra se mantenían ocupados protegiendo a los comerciantes y solían entrar en combate.

En un incidente notable, varios barcos de vapor británicos fueron capturados por tropas del poderoso caudillo Yang Sen. Las lanchas cañoneras bombardearon la base de Yang en la ciudad de Wanhsien, y mataron casi cinco mil chinos en el proceso de liberar sus marinas mercantes. En vísperas de la lucha, hubo grandes revueltas en múltiples ciudades hasta que los conflictos se suavizaron a fines del verano de 1926.

En la primera tarde de Judy con la Marina Real, muchos de los hombres del *Gnat* holgazaneaban en el comedor bajo cubierta cuando una cabeza asomó por la escotilla. Se reía como un granuja demente.

–¡Todos a cubierta en diez minutos! –bramó.

Una vez reunida, la tripulación fue presentada a su miembro más nuevo.

De acuerdo con Charles Jeffery, el contramaestre, el teniente comandante Waldegrave dio un paso al frente.

–Como saben –comenzó–, la comisión de cantina del barco votó para que adoptáramos una mascota. He estudiado sus muy interesantes sugerencias, aunque debí descartar la mayoría por irrazonables u obstinadas, y decidí que la mascota de nuestro barco debía tener tres cualificaciones. Puesto que podríamos permitirnos una compañía femenina, la primera cualificación: que sea hembra. Segundo, que fuese atractiva, y tercero, que se ganara su propio sustento. A partir de ahora, los destacamentos que bajen a tierra a cazar ya no podrán regresar a bordo solo con un patito justificándose de haber tumbado a veintitrés, ¡y haberlos perdido en el matorral!

Con estas palabras, el intendente militar condujo a Judy ante los hombres. La perra estaba con correa y, en el recuerdo de la mayoría de los presentes, se veía un poco asustada. No obstante, cuando se vitoreó un potente “hurra” en su honor, la perra dejó aparecer una sonrisa –la lengua afuera, los carrillos hacia arriba, meneando la cola con frenesí– que se convertiría en una imagen familiar a bordo del *Gnat* en los años venideros.

–Aquí está, caballeros –dijo Waldegrave–, les presento a la primera dama de las lanchas cañoneras: Judy de la Marina Real.

Debido a que su madre Kelly había sido propiedad de una familia de la región de Sussex, se la conocía en los registros oficiales de la

perrera como “Kelly de Sussex”. De modo que en los registros de la Marina Real, Judy se llamó oficialmente “Judy de Sussex”.

Jeffery, que servía como “intermediario” entre los oficiales de cubierta y la tripulación, la llamó así en su diario desde el primer día en que Judy se embarcó en el *Gnat*: “Judy de Sussex es una pointer de raza de color blanco y café. Es una criatura de lo más adorable. Como el capitán y yo fuimos quienes la compramos para la dotación del barco, él me ordenó que no se familiarice demasiado con los hombres para no arruinar nuestras chances de entrenarla para la caza”.

Ay, muy pronto eso resultó imposible, tal cual indica una entrada posterior del diario: “La dotación a bordo quiere y trata a Judy como a una mascota, y estoy encantado de que los hombres la compartan. Pero, por supuesto, la chance de entrenarla como perro de caza es muy pequeña”.

Los pointers son una raza gestada para señalar a las presas escondidas; sobre todo, pájaros. Los primeros perros de caza se adentraban en los matorrales para hacer salir a los animales, pero el acto de apuntar permitía a los cazadores tomar posición, verificar el arma y alistarse antes de que el perro irrumpiera en los arbustos para hacer saltar por los aires al pobre pato o codorniz. Naturalmente, los cazadores que empleaban pointers vieron dispararse su récord de éxitos, y sus barrigas se llenaron en consecuencia.

La cría de pointers españoles, resultado de la cruce de sabuesos y spaniels, se originó en algún momento del siglo xvii por obra de miembros de los Hidalgo, deportistas y terratenientes orgullosos que crearon el perro a su imagen y semejanza, de acuerdo con la historia de la raza de Ernest Hart: “Elegante pero poderoso, noble y veloz en el campo, el perro español puntero era como una estatua

de mármol moteado, una pieza de belleza esculpida moldeada por las manos de un maestro que produjo lo máximo en equilibrio y elegancia muscular de corte perfecto”.

La versión inglesa se cruzó con perros raposeros para que las crías fueran mucho más livianas y de mayor resistencia que sus poderosos primos sprinter de España. Requirió bastante trabajo, y durante un largo tiempo, los pointers ingleses perdieron esa personalidad amable y se volvieron “feroces”, según las guías deportivas del siglo XVIII. Con el tiempo, eliminaron el matiz hosco, y la raza recuperó su amabilidad hacia el hombre sin perder la agudeza al momento de señalar la presa, para gran satisfacción de los propietarios.

Como compañera de caza, sin embargo, Judy era un fracaso, porque nunca desarrolló esa capacidad natural. Los pointers maduran temprano, y las primeras experiencias cruciales de Judy sucedieron en las calles de Shanghái, sola, en constante busca de alimentos para sobrevivir, no junto a un cazador. El principal ayudante de limpieza del oficial, un niño, advirtió este instinto en una etapa temprana de la vida de la perra a bordo del *Gnat*. Les contó a los oficiales que la única oportunidad en que ella se erguía firme en adecuada actitud de “señalamiento” era cuando olía la cena cocinándose. Judy adoptaba, entonces, una posición erguida y firme, y dirigía su atención hacia la cocina. No obstante, conservaba otras cualidades de la raza: el impulso y decisión, que se evidenciaban en sus ojos, y que determinarían muchos momentos críticos de su vida.